

CAPITULO XI.

Jeanie continuando su viage solitario, se halló bien pronto sobre una pequeña eminencia desde la que se descubria ácia el oriente un pequeño riachuelo, cuyas aguas dando mil rodeos iban por fin á regar el valle en donde estaban las cabañas de Woodend, y de Bersheba, teatro de los primeros juegos de su infancia. Reconoció el prado á donde ella conducia su rebaño con Ruben, y el almarjal en donde cogia los juncos para hacerle coronas á Effie niña ya mimada, entonces de cuatro ó cinco años. Las memorias que aquel espectáculo le recordó, iban á arrancarle las lágrimas, pero halló toda su fortaleza, haciéndose las reflexiones siguientes.

¿Qué bien resultará de mis lloros? ¿No será mejor que yo dé gracias á Dios, cuya bondad me ha deparado, para facilitarme este viage, un hombre, que muchos llaman un avaro, pero que yo he encontrado tan generoso, pues

ria aun conservar alguna correspondencia con esta familia, y que podria valerse para ello de la mediacion de Butler, y deseaban impedirse-lo, esperando que alguna indiscrecion de su parte les facilitaria al fin su descubrimiento. Esta medida no les habia sido inspirada por un espíritu de desconfianza con respecto á Butler, pero en la situacion en que éste se encontraba, le habia humillado hasta el extremo, y ademas estaba desesperado, pensando que Jeanie, á quien amaba tiernamente pudiese creer que la abandonaba precisamente en la ocasion en que necesitaba mas de sus consuelos.

Esta idea tan afflictiva y el temor de verse espuesto á sospechas, que nunca habia merecido, reunidos á las fatigas corporales de aquellos dias, le ocasionaron una calentura lenta que le impidió aun ocuparse de sus deberes sedentarios de la escuela, y cuyo desempeño era todo el apoyo de su existencia. Dichosamente para Butler, Whackbairn, que era el superior, le profesaba un afecto particular. Ademas de que conocia el mérito y talentos de su substituto, que habian aumentado considerablemente el número de sus discipulos, habia recibido una bella educacion, y conservaba una aficion particular

le buscó con la vista no pudo descubrirle, y sus ojos no podian haberla engañado. Sabia que no podia separarse de Liberton, pero una mañana pasada en Edimburgo no podia mirarse como una falta; y en este caso no podia explicar su ausencia, sino suponiendo que estuviese malo. Esta idea se fijó de tal modo en su imaginacion, que cuando se acercó á la cabaña, en la que Butler ocupaba una pequeña pieza, y que le indicó una vecina, temblaba solo de pensar en la respuesta que le dariau cuando preguntase por éi.

Sus temores no eran del todo quiméricos. Butler era de una constitucion delicada. No habia podido resistir ni á las fatigas del cuerpo, ni á las inquietudes del ánimo, que habia sufrido desde la funesta noche de Portews: y la memoria de aquel suceso trágico, y la idea de que aun dándole libertad, se habian concebido sospechas contra él, agravaba aun sus males morales.

Pero lo que mas difícil le parecia de soportar, era la prohibicion formal que le habian hecho los magistrados de tener relaciones con la familia de Deans hasta nueva orden. Les habia parecido verosímil que Robertson intenta-

poco. Necesitaba ver á Butler para pedirle escribiese á su padre participándole su viage, y el motivo que se lo habia hecho emprender. Otra razon la decidia á ello, tal vez sin advertirlo ella misma, y era el deseo de ver aun una vez el objeto de su ternura ya antigua, y siempre sincera, antes de empezar un viage, del que no se le ocultaban los peligros, aunque se esforzaba en no pensar en ellos, para que no fuesen un obstáculo á su determinacion. Una visita hecha á un amante por una jóven de una condicion mas elevada que Jeanie, hubiera sido un paso poco decoroso, pero la sencillez de sus costumbres campestres, no le dejó concebir estos escrúpulos de un respeto rigoroso por ella misma, y la pureza de su conciencia y de sus intenciones estaba bien léjos de reprocharle nada cuando iba á despedirse de un antiguo y verdadero amigo, antes de alejarse de él, tal vez para mucho tiempo.

Otra razon le hacia aun desear el ver á Butler. Ella se habia imaginado que Butler, tanto en razon del interes que debía tomar por el antiguo amigo de su infancia, como por afecto, se encontraria en la sala de audiencia el dia que se vió la causa de Effie; pero por mas que

que me ha dado parte de sus riquezas como este riachuelo me la daba de sus aguas?

Sin embargo, no se atrevió á echar una última mirada sobre Woodend, pues hasta el humo que salía por la chimenea, causaba en su corazón una opresión, á que apenas podía resistir.

Con esta resignación cristiana se alejó de un parage que le recordaba memorias tan sensibles: pero continuando su camino, se halló bien pronto cerca de la aldea en donde vivía Butler. Su iglesia gótica, con su elevado campanario, se halla situada sobre una pequeña eminencia, poblada de hermosos árboles al Sud de Edimburgo. A medio cuarto de milla de distancia hay una torre cuadrada, en la que vivía en los tiempos antiguos un Laird, que se había hecho temible á la ciudad de Edimburgo por sus costumbres de caballería, semejantes á las que se usaban en aquel tiempo en Alemania, que consistían en el pillage de toda especie de provisiones y mercancías que venían del Norte.

La aldea, la iglesia, y la torre, no estaban precisamente en el camino que Jeanie debía seguir para ir á Inglaterra, pero la desviaban

á los autores clásicos, y en las horas de recreo se entretenía muchas veces con Butler leyendo algunas páginas de Horacio ó de Juvenal. Esta correspondencia en los gustos había engendrado la mayor amistad, y así tomó un gran interés por Butler; durante su enfermedad desempeñó el mismo sus funciones apesar de su avanzada edad, y cuidó de que no le faltase ningún socorro de los que pudiesen serle necesarios, aunque sus medios eran bastante escasos.

Tal era la situación de Butler. Sin embargo, hacia algunos dias que le había dejado la calentura, y ya empezaba, no obstante las reflexiones del buen M. Whackbairn, á concurrir una vez por dia á la sala en que daba sus lecciones, cuando el juicio y condenación de Effie, vinieron á poner el colmo á su dolor, y á inspirarle nuevas agitaciones y temores con respecto á lo que tenía de mas querido en este mundo.

Sabia exactamente los pormenores de todo cuanto había ocurrido, por un amigo suyo que vivía en Libberton, y que habiendo asistido á la sesión del tribunal, le trazó una pintura que le horrorizó. Se puede juzgar muy bien que el sueño no se acercaría á sus ojos en toda la noche siguiente. Su imaginación había sido agi-

tada por mil ideas sombrías y funestas, y al levantarse por la mañana, se hallaba todavía sumergido en el estado de abatimiento á que le habian reducido sus males y sus penas, cuando le anunciaron una visita, que no le era nada agradable.

Esta era la de Bartolomé Saddletree. El digno y docto sillero no faltó la vispera á la cita que habia dado á M. Plundamar en el café de Maccroskie, en el que, reunido con otros amigos, se habló sobre el discurso del duque de Argyle, la sentencia pronunciada contra Effie y la poca probabilidad de que pudiese obtener su perdon. La discusion fue larga y acalorada, gracias al aguardiente que no se habia economizado, y al dia siguiente la cabeza de Bartolomé ofrecia aun la misma confusion de ideas, que el saco de muchos procuradores.

Para restablecer en ella la calma y la tranquilidad, resolvió ir á respirar el aire libre del campo. En su consecuencia montó á caballo, y como tenia dos hijos pensionistas en casa de M. Whackbairn y ademas gustaba de la compañía de Butler, aunque éste le criticaba muchas veces su latin, tomo á Libberton por término de su paseo, y apenas llegó, causó á Butler nue-

vos tormentos, tomando por objeto de su conversacion la sentencia pronunciada contra Effie y la probabilidad de que ésta seria egecutada. El sonido de su voz le parecia á Butler el grito del mal agüero de una lechuza, ó el clamor de una campana que toca a muerto.

Jeanie se detuvo á la puerta de la humilde morada de su amante, oyendo resonar en lo interior la pomposa y altisonante voz de Saddletree. -- Estad bien seguro M. Butler, le decia, que sucederá lo que yo os digo. Nada puede salvarla. Es preciso que ella dé ese salto. Yo lo siento por la pobre muchacha, pero la ley, mi querido Butler, la ley debe ser egecutada. Vos sabeis lo que dice Horacio, no me acuerdo en cual de sus odas, pero no importa :

Vivat Rex.

Currat Lex.

La ignorancia y la brutalidad de que Bartolomé Saddletree hacia tan desgraciada mezcla, arrancaron á Butler un movimiento involuntario de impaciencia; pero Saddletree, como la mayor parte de los charlatanes, tenia su inteligencia demasiado obtusa, y su imaginacion

demasiado llena de su pretendido mérito para echar de ver el fastidio que causaba á los que le oían, y así continuó haciendo ostentacion de sus retazos de conocimientos legales, y concluyó diciendo con un tono de satisfaccion: --¿Qué os parece, M. Butler? ¿No es una lástima que mi padre no me haya enviado á hacer mis estudios de Jurisprudencia á Utrecht? Yo hubiera sido un *clarissimus ictus*, como M. Crossmyloof. ¿No es verdad?

-- No os comprendo, le contestó Butler con una voz débil, viendo que era preciso contestarle.

-- ¿No me comprendeis? Sin embargo *ictus* es latin. Y esto ¿no significa jurisconsulto?

-- De ninguna manera, á lo que yo entiendo, le replicó Butler.

-- ¿Como que no? Yo he encontrado esta palabra misma esta mañana en una memoria impresa de M. Crossmyloof. Un momento... Yo creo tenerla en el bolsillo... Si, aqui está... Y ahora ved... *ictus clarissimus et parti, digo peritissimus*. Y esto es latin, porque estas palabras, como veis, están impresas en caracteres itálicos.

-- ¡Ah! ya lo comprendo, pero *ictus* es una abreviacion de *juriseonsultus*.

-- ¿Una abreviacion? No señor, las leyes no abrevian nada; ellas lo dicen todo por estenso. Leed el título de las servidumbres.

Es posible, dijo Butler suspirando; no me hallo en estado de disputar con vos.

-- No sea por alabarme, M. Butler, pero pocas personas, muy pocas personas se hallarán en estado de hacerlo. Entonces habiendo mirado su reloj, añadió; pues que os he hablado de las servidumbres, y aun os queda mas de una hora antes de asistir á la clase, voy á ayudaros á pasar alegremente este rato, contándoos la historia de un proceso que se está instruyendo en este momento, relativo á una caida de agua ó *tillucidium*. Pero...

Saddletree hubiera hecho durar los detalles de su proceso mas de la hora que le quedaba al aburrido y cansado Butler, si en aquel momento no le hubiera interrumpido el ruido de unas voces que se oyeron á la puerta.

La dueña de la casa en donde vivia Butler volvía á la sazón de la fuente, adonde habia ido á llenar un cubo de agua, y encontró á la puerta á Jeanie Deans, que seimpacientaba en vista de la prolijidad del orador, y que sin embargo no se atrevía á entrar antes que él saliese.

La buena muger cortó la dificultad, preguntándole á Jeanie, si era á ella ó á M. Butler á quien queria hablar.

-- Deseo ver á M. Butler, si no está ocupado, le contestó Jeanie.

-- No, no, hija mia, entrad, no está ocupado, le dijo la buena muger abriendo la puerta. M. Butler, añadió; hé aquí una jóven que desea hablaros.

La sorpresa de Butler fue estremada cuando despues de tal anuncio, vió entrar á Jeanie, cuyas escursiones no se estendian nunca mas allá de media milla al rededor de San Leonardo.

-- ¡Dios mio! exclamó: alguna nueva desgracia debe haberos ocurrido: y el temor volvió por un momento á sus mejillas los colores de que la enfermedad las habia despojado.

-- No, M. Ruben, bastantes sen los que conocéis ya. ¿Pero vos estais malo? añadió: pues el colorido momentáneo que se dejó ver al pronto sobre sus mejillas, habia ya desaparecido, haciendo lugar á la palidez, efecto de la calentura y de sus grandes aficciones.

Ahora me hallo bien, perfectamente bien, le contestó Butler, y si puedo hacer alguna co-

sa que os sea útil á vos ó á vuestro padre. .

-- Si, si, dijo M. Saddletree, pues ahora se puede mirar la familia como compuesta solo de los dos, y como si Effie no hubiera existido nunca; ¡pobre muchacha! pero Jeanie, ¿qué negocio os trae tan temprano á Liberton; cuando vuestro padre se halla aun en Edimburgo?

-- Me ha dado una comision para M. Butler, dijo toda turbada; pero reflexionando inmediatamente en aquel involuntario desvio de la verdad, que tanto respetaba, añadió con la mayor prontitud: -- Es decir, que tengo que hablar á M. Butler con respecto á los asuntos de mi padre y de mi hermana.

-- ¿Es algun asunto del resorte de los tribunales? porque en este caso hariais mejor en tomar mi parecer.

-- No, le respondió Jeanie, que hallaba los mayores inconvenientes en confiar al hablador de Saddletree el proyecto de su viage. Es una carta que deseo que M. Butler se tome el trabajo de escribir.

-- Pues en este caso, decidme el objeto de que se trata, y yo se la dictaré á M. Butler, como hace M. Crosmyloof con su escri-

biente. M. Butler treedme papel y tintero.

Jeanie miró á Butler y no sabia como salir de aquel apuro.

-- Pero M. Saddletree, le dijo Butler, M. Vhackbarn sabe que estais aqui, y tal vez sentirá que no asistais á la leccion de vuestros hijos y la hora ya está muy cerca.

-- Teneis razon, M. Butler; por otra parte yo he prometido á los niños un medio dia de vacaciones para toda la escuela el dia de la egeucion de Effie, á fin de que puedan asistir á ella. Esto no puede menos de producir un buen efecto en su corazon; porque, ¿quién sabe lo que puede sucederles á ellos mismos?... ¡Ah! Dios mio... Jeanie, no habia hecho atencion que estabais aqui, pero no importa, es menester acostumbrarse á oir hablar de ello. M. Butler, detened á Jeanie hasta que yo vuelva; yo estaré aqui dentro de un cuarto de hora. Concluidas estas palabras, se retiró, librán-doles del embarazo que les causaba su presencia.

-- Ruben, le dijo Jeanie, que vió la necesidad de hablarle inmediatamente y sin rodeos del objeto que la condujo allí. Yo em-

piezo en este momento un viage bien largo: yo voy á Londres á pedir el perdon de Effie al Rey y á la Reyna

-- ¿Y pensais en lo que decís, Jeanie? ¡ Vos ir á Londres, vos ir á hablarle al Rey y á la Reyna! exclamó Butler con la mayor sorpresa.

-- ¿Y por qué no, Ruben? le contestó Jeanie con la sencillez que le era natural, al cabo no es mas que hablar á un hombre y á una muger. Ellos son de carne y huesos como nosotros; y aunque su corazon fuese tan duro como una piedra, no podrán menos de compadecerse de Effie. Por otra parte, yo he oido decir que no son tan malos como lo dicen los jacobitas.

Esto es cierto, Jeanie; pero su magnificencia... su séquito... la dificultad de llegar hasta ellos...

-- Yo he pensado ya en todo eso, Ruben, pero nó quiero desanimarme. Sin duda tendrán muy bellos vestidos, la corona en le cabeza, y el cetro en la mano, como el gran rey Assuero, cuando estaba sentado sobre su trono á la puerta de su palacio como lo dice la escritura. Pero yo siento allá en mi corazon cierta

cosa que me sostiene, y estoy cuasi segura que tendré ánimo y valor para decirles lo que les he de pedir.

-- Jeanie; los reyes de estos dias reciben memoriales: no se sientan ya á la puerta de sus palacios para juzgar á sus pueblos como en tiempo de los patriarcas. Yo no conozco la corte por esperiencia mas que vos; pero segun lo que he oido decir, yo se que el Rey de Inglaterra no hacenada hoy, sino por medio de sus ministros. No se lo que sucederá en otras partes.

-- Pero si son ministros justos y temerosos de Dios, en este caso, aun tengo mas esperanza.

-- Si, Jeanie; pero vos no entendeis ni aun las palabras que se usan en la corte. Los ministros, de quienes yo hablo, son los servidores del Rey, los que tienen toda su confianza, y que en razon de ella están encargados del manejo de los negocios.

-- Sin duda; y yo creo bien que el Rey los tendrá en número mucho mayor que los que tiene la duquesa en Dalkaih, aunque tiene bastantes. Yo se tambien que los criados de los grandes señores son siempre mas impertinen-

tes que sus amos, pero yo me pondré decente, y les ofreceré un par de schelines para que me dejen entrar en el palacio. Si me lo niegan, yo les diré que vengó á hablar al Rey y á la Reina sobre un asunto del que depende la vida ó la muerte, y entonces ellos me permitirán que les hable.

-- Esto es sueño, Jeanie; le dijo Butler meneando la cabeza; es un proyecto impracticable. Jamas llegareis á hablarles sin ser protegida por algun gran señor; y esto es imposible.

-- Puede ser que yo lo consiguiese eso, Ruben, con un poco de ayuda de vuestra parte.

-- ¡Un poco de ayuda de mi parte! Eso sí que es sueño, y mas extraño que el primero.

-- No hay nada de eso, Ruben. ¿No os he oido yo decir, que vuestro abuelo, de quien mi padre no gusta oír hablar, salvó la vida al padre ó al abuelo de Mac-Callummore cuando era Lord de Lorn?

-- Verdad es, exclamó vivamente Butler; y yo puedo probarlo. Yo le escribiré al duque de Argyle, dicen que es un hombre muy humano. A lo menos está reputado por un militar valiente, y por un buen escoces. Yo le escribiré rogándole solicite la gracia de vuestra her-

mana. Es una esperanza bien débil; pero al fin es menester no despreciar nada.

-- Es verdad, Ruben, es menester no despreciar nada. Pero no es bastante una carta: ésta no puede rogar, suplicar, instar; no puede hablar al corazón tan bien como la voz y la vista. Una carta es como un papel de música sobre un instrumento; pero cuando se oye cantar lo que él contiene, es muy diferente. Es menester que hable yo misma, Ruben.

-- Teneis razon, Jeanie; dijo Butler recobrando toda su fortaleza. No dudo en que el cielo os ha inspirado esa resolucion como el único medio de salvar la vida de vuestra desgraciada hermana. Pero Jeanie, vos no podeis hacer sola un viage tan peligroso. Yo no puedo permitir que os esponais á todos los riesgos que puede ofrecer. Dadme el derecho de seguiros; consentid que hoy mismo yo sea vuestro esposo, y mañana parto con vos para ayudaros á desempeñar, lo que debeis á vuestra familia.

-- No, Ruben; esto no es posible. Aun cuando mi hermana obtuviese su perdon, éste no borraria la mancha con que ella me ha cubierto. ¿Y qué se diria de un ministro que se casase con la hermana de una muger que ha sido

condenada á muerte por semejante delito? ¿Y qué caso harian los demas de cuanto pudiera decir en el púlpito?

-- Pero Jeanie; yo no puedo creer, yo no creo que ella sea culpable.

-- El cielo os recompense de vuestro modo de pensar; pero su opinion siempre quedará manchada.

-- Pero esta mancha, aun cuando ella la mereciese, no puede recaer sobre vos.

-- ¡Ah Ruben! vos sabeis que es esta una mancha que se estiende sobre toda una familia, y aun sobre toda la parentela. La gloria de nuestra familia ha pasado ya, como lo decia mi padre; porque la mas pobre familia puede ver su gloria, la que resulta de la honradez de todos los que la componen; y esta ventaja la hemos ya perdido nosotros.

-- Pero Jeanie; vos me habeis dado vuestra palabra, me habeis prometido vuestra fe. ¿Podreis emprender vuestro viage sin un hombre que os proteja? ¿Y este hombre, no deberia ser vuestro esposo?

-- Conozco vuestro cariño, Ruben, conozco vuestro buen corazón, y vuestras rectas intenciones; se que me tomariais por muger apesar

de la vergüenza con que se ha cubierto mi hermana, y que si me habeis propuesto hacerlo hoy, ha sido con el solo fin de poderme acompañar con decoro, y librarme de los peligros que me amenazan en un camino largo y desconocido: pero convendreis conmigo en que no es este momento el mas propio para que yo piense en casarme; no todos mirarian nuestra uníon tan repentina bajo el mismo punto de vista que nosotros, y es menester que paguemos el debido tributo á la opinion pública. Mas tarde tendremos tiempo para reflexionarlo, y la ocasion tal vez será mas conveniente. Entre tanto es preciso que yo parta, que yo parta inmediatamente, Ruben; vos conoceis la urgencia. Sin embargo, añadió tomándole la mano, y mirándole con ternura, el veros en ese estado aumenta mis sentimientos; cuidad de vuestra salud por el amor de Jeanie, y estad seguro que si ella no es vuestra, no lo será jamas de nadie. Ahora dadme alguna cosa para Mac-Callummore, y rogad á Dios que me dé acierto en mi empresa.

Habia seguramente cierta cosa de romance en el proyecto de Jeanie, y Butler conociendo que era imposible desviarla de él, trató solo

de ayudarla con sus consejos. Con este objeto se puso á registrar entre sus papeles, y le dió dos cartas, encargándole se las enseñase al duque de Argyle. Aquello era todo lo que le quedaba de su abuelo el entusiasta Butler *la Biblia*.

Mientras tanto Jeanie habia tomado la Biblia de Ruben, pero colocándola otra vez sobre la mesa le dijo: -- He notado hai dos versos, que leereis cuando yo me haya ido; me parece que contienen lecciones muy útiles. Ahora será menester que escribais á mi padre todo lo que sabeis, yo no tengo mi espíritu bastante tranquilo para hacerlo yo misma, y ademas no me queda tiempo para ello. Me refiero á vos con respecto á lo que convenga decirle: aseguradle que espero verle pronto. Cuando le veais, Ruben, os suplico por vuestro amor, que no le contrarieis en sus ideas, y que no le hableis latin. Sabeis que es un hombre de los tiempos antiguos; dejadle decir lo que quiera, aunque creais que no tiene razon; respondedle en pocas palabras, y dejadle hablar cuando guste; este será mi mayor consuelo. ¿Y mi pobre hermana? Ruben. Pero yo no tengo necesidad de recomendarla á vuestro buen corazon: me persuado que la vereis tan pronto como os

lo permitan, y que le proporcionareis todos los consuelos que dependan de vos. ¡Pensar que ella está en una cárcel... sentenciada á muerte... Effie... mi hermana Effie! Pero no hablemos mas de ella; yo no quiero dejaros llorando; esto seria de un mal agüero; á Dios Ruben, á Dios. Y salió precipitadamente de su habitacion, conservando aun en sus labios la sonrisa melancólica que ella habia dirigido á su amante, al amigo de su infancia, para ayudarle á soportar la pena que debia causarle su ausencia.

Butler se quedó absorto; creyó haber perdido la facultad de oír, de hablar, y de reflexionar. Le parecia que acababa de tener un sueño, ó de ver una aparicion. Saddletree que entró en aquel instante, le sacó de su enagenacion confundiéndole con una multitud de preguntas aun sin poder obtener una respuesta. Dichosamente el docto sillero se acordó de que el baylio de Loan-Head debia tener una sesion en su tribunal aquella mañana, y era ya tiempo de que partiese si queria asistir á ella: Yo no quiero faltar, le dijo á Butler; no porque yo crea que la sesion sea interesante, sino que el baylio es un bello sujeto y desea que

yo asista á sus sesiones por tener una palabrita de consejo, si acaso se ofrece.

Quando salió Saddletree, Butler tomó la Biblia, que la miraba ya con mas aprecio por haberla tenido Jeanie en sus manos; pero se quedó sorprendido cuando al abrirla vió caer un papel, en el que habia envueltas dos monedas de oro.

Jeanie habia escrito en el mismo con lapiz los versos 16 y 25 del salmo 37, que traducidos á nuestro idioma dicen asi.

» Lo poco que posee el hombre justo, vale mas que todas las riquezas del malvado.»

» Yo he sido jóven, ahora soy viejo, pero yo no he visto jamas al justo abandonado, ni á sus hijos mendigar su sustento.»

Enternecido hasta derramar lágrimas por la delicadeza con que el cariño de Jeanie habia buscado medio para hacerle aceptar un socorro, de que suponía que podría necesitar, apretó aquel oro á sus labios y á su corazon con mas ardor que no lo hizo nunca un avaro. Imitar su firmeza y su confianza en la divina providencia vino á ser desde entonces el objeto de su ambicion; y su primer cuidado fue escribir á Deans informándole de la generosa resolucion

de su hija y del viage que habia emprendido. Reflexionó con atencion en todas las ideas, en todas las frases, y aun en todas las palabras de su carta, á fin que pudiese determinar al anciano á dar su aprobacion á una empresa tan extraordinaria. Veremos despues el efecto que ella produjo. Butler se la dió á un paisano, que tenia frecuentes relaciones con Deans, el cual se encargó de entregársela en sus propia manos.



CAPITULO XI.

Un viage de Edimburgo á Londres, es hoy una cosa muy sencilla y muy fácil, y el viagero aun el mas novicio puede hacerle en poco tiempo, con la mayor comodidad y sin el menor peligro. Numerosos carruages de todos precios, y otros tantos barcos, estan continuamente en camino por tierra y por mar para ir y venir de una capital á otra, y cualquiera puede en pocas horas formar el proyecto, hacer los preparativos de su viage, y ponerse en camino. Pero no sucedia lo mismo en 1757. Habia entonces tan pocas relaciones entre ambas capitales, que muchos sugetos que viven aun, se acuerdan haber visto llegar al correo á la capital de Escocia con una sola carta de la metrópoli de la Inglaterra. El modo ordinario de viajar entonces, era el tomar caballos de posta, uno para el viagero, y otro para el guia ó conductor que se mudaban en cada posta; y los que podian soportar este gasto y un egercicio tan violento, llegaban en poco tiempo al